

Violencia, vínculo terapéutico y perversión

Prof. Hugo Rojas ¹

Primero, algunas generalidades. En la reflexión acerca de la violencia, puesta en esta mesa en que por un lado se expone como desde un telescopio, mirando de lejos y amplificando; a mí me corresponde el microscopio. Porque pasar de los problemas más generales de la violencia y la civilización, a la violencia en la cultura, al problema de la presencia, de la violencia en el vínculo terapéutico, en lo que a mí compete, en el setting analítico, es pasar a problemas microscópicos. Lo que no significa que estos problemas sean insignificantes.

Por un lado tendríamos que tomar en cuenta que al pensamiento de Freud lo vamos a ver entre ese mundo micro y los problemas más generales de la civilización, tal como se citaba el texto “El malestar en la cultura”, que ha sido traducido también como “el malestar de la civilización”.

Tal vez algo que me inquieta de la ponencia de Jesús es cómo nos vemos enfrentados a que la civilización pida al sujeto un precio, que es en resúmenes cuentas la represión de la sexualidad y la agresión. Pero el problema que tenemos hoy es que ese precio no está pagando nada, porque el fracaso que estamos teniendo, en el sentido más amplio, parece un fracaso de civilización. Entonces, cuando decimos cultura de la violencia no estamos diciendo civilización de la violencia, estamos diciendo que hay un fracaso del proceso de civilización. Y por eso que la traducción ésta no es tan insignificante, porque el precio que Freud supone, como racionalista e hijo bastante iluminado del iluminismo, es que la civilización sí tiene un precio.

Para Freud, el problema de la violencia en realidad pasa por otro término que lo vamos a considerar como agresión. El papel de la agresión nos per-

mite vislumbrar un poco mejor ese espacio en términos del concepto más amplio con que Freud pretende dar cuenta del problema de la agresión, es el concepto de “Pulsión de Muerte”, y tiene algún sentido la formulación de este concepto en 1920, en un texto llamado “Más allá del principio del Placer”. Parte de la observación muy concreta de que hay algunos fenómenos clínicos que necesitan una explicación, fundamentalmente el fenómeno que Freud denomina “Compulsión de Repetición”. Que consistiría en explicarnos porqué algunas personas repiten cosas que, evidentemente, por más que las exploremos por distintos lados, son necesariamente displacenteras, dolorosas y no llevan al sujeto a un beneficio que pudiéramos decir que le agregue un plus en algún sentido.

La compulsión de repetición parece dar cuenta de otro fenómeno clínico tremendamente relevante, como lo es la “Reacción Terapéutica Negativa”, es decir, aquel fenómeno que se da en algunos pacientes que han llevado un proceso terapéutico relativamente exitoso, hasta el punto en que este proceso podría consolidarse como un éxito terapéutico y en ese momento la reacción del paciente es enfermarse y agravar su patología. Es decir, cuál es la paradoja con que nos encontramos. Es que pareciera haber una destructividad, por decirlo así, y una autodestructividad en juego, que allí por más que examinemos y revisemos nuestros conceptos teóricos para pensar que a lo mejor sí nos equivocamos y el paciente se enferma porque nuestra intervención lo enferma, que es una posibilidad, atribuir la reacción terapéutica negativa a que en realidad no lo estamos curando sino que lo estamos enfermando, pero con toda la honestidad que es posible empeñar, podríamos decir que ese agravamiento no es

derivable desde un error, ni tampoco de la agresión del terapeuta, agresión encubierta, en el lenguaje, etc, sino que parece haber un desarreglo esencial, que en algunos sujetos es más manifiesto, que hace que, por alguna razón, sea "preferible" la destrucción al erotismo o la muerte al Eros.

Este concepto de Pulsión de Muerte, podríamos usarlo para dar cuenta en cierto modo de un montón de otros términos como violencia, agresión, sadismo, agresividad, hostilidad, etc que suponemos actuantes en el sujeto humano, que además parece constitutiva de la condición humana.

Postular -para Freud- el concepto de Pulsión de Muerte, significa pasar más allá de lo pudiéramos pensar como la fantasía de la civilización, la fantasía roussoniana del hombre, el hombre bueno echado a perder por la civilización. En estos términos, Freud llega a postular que pareciera ser que la agresión, que normalmente reconocemos como resultado de frustración de necesidades biológicas, que más allá del hambre y la sed podemos pensarla también como la necesidad de amor y sexualidad, en definitiva, tendríamos hoy que pensarla como puesta mucho más allá que la posibilidad que el hombre pudiera tener de satisfacer esa necesidad.

Entonces el problema de la civilización no es sólo el problema de sacrificar los apetitos sexuales para contar con una civilización y no matarnos unos con otros, sino también cómo la civilización puede someter o domesticar la Pulsión de Destrucción. Algunos sugieren que esta teorización de Freud coincide con la época más depresiva de Freud, efectivamente en ese momento acababa de perder a su hija predilecta, Sofía, en una situación bastante penosa; algunos reducen que este concepto saldría de esta situación. Yo sugeriría que la intuición de Freud lo lleva a reconocer allí algo importante de conocer y que tendemos a desconocer, ignorar, reprimir, porque tal vez más que la sexualidad, lo que atentaría contra el narcisismo de la civilización, es decir, que somos los mejores, es precisamente el reconocimiento de la destructividad constitutiva del sujeto humano.

Por lo tanto, el proceso de civilización consistiría en dar sentido cabal a lo que significa civilización, es decir, el trabajo del ser humano como tra-

bajo permanente tendría que ver con civilizarnos permanentemente. Yo creo que la historia, de Chile y la historia mundial nos ha mostrado que la capa de civilización de la cual podríamos sentirnos tremendamente orgullosos en algún momento, parece diluirse con una facilidad enorme y que fácilmente podemos volver al estado de la bestialidad. Por lo cual la civilización parece no ser algo que se conquista de una vez para siempre.

Yo creo que es muy frecuente confundir civilización con tecnificación, podemos ver sociedades tremendamente tecnificadas, pero no sé si más civilizadas. Si entendemos, por ejemplo, civilización como el trabajo de la civilidad, vivir unos con otros sin matarnos, en perspectiva macro. Ahora, si lo llevamos al espacio del vínculo analítico, terapéutico, vamos a ver si podemos pensar la presencia de la agresión, de la destructividad, de la Pulsión de Muerte, en varios elementos que fundamentalmente podríamos agruparlos en dos: uno la patología, el otro: la violencia del vínculo terapéutico mismo. Que yo adopte en este momento un punto de vista estrecho y que esté apuntando fundamentalmente a la destrucción o a la agresión constitutiva del ser humano y no esté culpando a la sociedad de la violencia que puede sufrir el hombre, no significa que desconozca y que piense que lo que consideramos una sociedad violenta, una cultura violenta, etc, no sea algo que existe de verdad, pero necesitamos adoptar este punto de vista por ahora. Porque normalmente cuando se habla de violencia se habla del sujeto que padece violencia y la violencia sería ejercida por una especie de entequeia extraña que es "la sociedad", pero estamos adoptando un punto de vista desde el cual podemos ver al sujeto que ejerce violencia, el sujeto que agrede. Y cuando digo esto, el espacio terapéutico, este espacio pequeño que, sin embargo nos muestra una buena radiografía del ser humano, quiero referirlo a la violencia que puede ser padecida por el terapeuta, a la que ejerce el paciente en su propia patología, a la violencia que ejerce el terapeuta, con no poca frecuencia sobre sus pacientes, es decir, la violencia, ejercida por el sujeto.

En cuanto a la patología de la agresión, sobre la cual no me voy a extender; sí podemos pensar en

particular en un fenómeno clínico interesante en este sentido, que podríamos llamar el “masoquismo moral”. Dentro de las patologías masoquistas que estudia Freud, distingue 3 miradas para este problema: una es la que denomina el “masoquismo femenino”, que paradójicamente descubre en sus pacientes hombres y que además postula como derivado del masoquismo erógeno, es decir, un masoquismo ligado a la sexualidad misma, constitutivo de todos los sujetos humanos. El masoquismo femenino, por otro lado como perversión y el masoquismo moral, que sería en este caso el que estaría más cerca de explicar el problema de la reacción terapéutica negativa. Va a describir una serie de formas en que podemos ir comprendiendo este hecho de que hay un sujeto que en algún sentido prefiere sufrir y prefiere sufrir en primer lugar su patología, prefiere el sufrimiento al placer. Una es lo que va a denominar el masoquismo que se podría explicar como sadismo del Super yo, es decir, postula una instancia psíquica que es capaz de ejercer sobre el Yo del sujeto, la violencia o la agresión que lo podría llevar precisamente al suicidio y es una de las formas de explicarse el suicidio en los melancólicos. Pero también podemos concebir otra explicación que nos hablaría del masoquismo del yo. Tenemos aquí, por ejemplo, al sujeto que se mete con parejas o en situaciones en que, sistemáticamente, ocurre que lo desprecian, que lo castigan, que lo ofenden, que lo engañan; uno diría que este tipo, antes de meterse en esto sabía que podría pasar, sin embargo va tras eso como si fuera su propio bien. Es a eso donde uno puede referir la idea que parece haber en la constitución íntima del sujeto humano un desarreglo esencial.

En ese sentido, pensar que el trabajo terapéutico consiste en tener que vérmola con ese desarreglo esencial, cuya única solución parece ser que el sujeto humano pueda agrandar su aparato mental, es decir, hasta el punto en que pueda contener dentro de su aparato mental esas contradicciones y que éstas no queden extravertidas hacia la sociedad, para que no multipliquemos innecesariamente la violencia y la agresión que ya nos es constitutiva. Si entramos más al interior del setting, podemos pen-

sar cómo se actualiza esa violencia, esta agresión, en el vínculo terapéutico.

Podemos pensar en uno de los conceptos más interesantes que aporta Melanie Klein para enfrentar el problema de la agresión; es el problema de la envidia que la lleva a ser una de los autores postfreudianos más asiduos partidarios de conservar y reconocer el valor del concepto de Pulsión de Muerte en Freud, valor como concepto y no el valor de la pulsión de muerte. Porque comprende la envidia como ese impulso destructivo hacia aquello que podría hacernos un bien, es decir, podríamos reconocer la envidia allí donde justamente el objeto destruido, el objeto atacado, el objeto intencionado por decirlo así, podría ser fantaseado también como desarticulado, desmembrado, es aquel objeto que podría hacernos bien, o aquel objeto lleno de dones y obviamente el problema clínico que interesa a Klein es la fantasía de destrucción del vientre materno. Aquellas patologías en las cuales nos vamos a encontrar con grandes fantasmas o construcciones cuya significación es la destrucción del cuerpo materno y particularmente del vientre y a veces más específicamente de los hijos fantaseados, por venir en el vientre materno, es decir, los hermanos, allí, en el vientre mismo.

Uno podría pensar, y vuelvo al concepto de narcisismo, que una explicación posible de esta envidia constitucional tendría que ver con que no podemos soportar recibir un bien que no nos hallamos dado nosotros a nosotros mismos, y por lo tanto el concepto de envidia pone en entredicho la estructura misma de lo que podríamos llamar el don, porque si hay algo que podamos pensar como estructura existencial o como constitutiva de la socialidad, es el don. Es decir, ser capaces de recibir y dar, porque sí, simbólicamente, más allá de la supervivencia biológica.

Aquí me viene a la mente algo que aprovecharé la oportunidad de decir, sólo porque me la dieron, unas observaciones de Lacan acerca del padre en la civilización actual. Lacan llama la atención sobre cómo Freud se equivoca al postular este padre primitivo, padre poseedor de todas las mujeres, castrador de los hijos en concreto, y que lo quiere todo para sí y lo compara

con el padre en la actualidad, éste corresponde al esclavo. Ya que el padre es el que trabaja, mantiene muchas cosas y que en general se conforma con bastante poco para sí. Así que algo debe haber de desarreglado en nuestra manera de concebir el don como para seguir pensando en los machos padres son seres repulsivos y egoístas y es simplemente que me acabo de dar el gusto de poder decirlo.

Sin embargo, este gusto no es tan gratuito porque quiero usar esta imagen, ya que llegar a ser padre de una civilización, llegar a gobernar, es tener esa capacidad de donar, pero de donar lo recibido en el sentido que el don del padre es recibido en su momento como el don al hijo y eso es la transmisión cultural. Volviendo al espacio del setting analítico, a través del concepto de envidia es que podemos pensar algo de lo que se habla y escribe poco que es la violencia sufrida por los terapeutas.

Una de las razones que justifican el análisis personal del terapeuta, para poder ser terapeuta, no es sólo que a través de ese análisis se recibe mejor el don del saber psicoanalítico, por la experiencia de análisis, sino que es necesario como protección, como una necesidad de supervivencia del analista. La agresión incluida en la patología del paciente es algo que efectivamente puede ser transmitido, inoculado en el terapeuta, y creo que los terapeutas deben reflexionar en sus riesgos profesionales, particularmente aquellos cuyo aparato psíquico, por estar puesto donde está, van a recibir aquellos aspectos no metabolizados por el aparato psíquico del paciente y que nos van a quedar dando vueltas a nosotros, van a invadir nuestros sueños, a veces nuestro soma y no es extraño tener esos pacientes que apenas se asoman, o que cuando se acerca la hora de verlos, nos duele el estómago. Ahí tenemos algo, una agresión que debemos pensar en detalle, porque tampoco voy a decir que es la intensión concreta y agresiva de ese paciente porque está ligado a la maldad, sino que es la violencia, la agresión, la destructividad que nos pasamos de generación en generación. Es decir, si ese paciente llega con esa violencia a la consulta y nos pone dentro esa violencia es porque tenemos una implicancia en ella también, de la cual como generaciones, como civilización, tenemos que hacernos cargo de metabolizar: la violencia.

Sin embargo, otra paradoja con que nos encontramos en el setting analítico con relación a la violencia, es que para poder explicarnos que alguien como un paciente se pase varios años, varias sesiones a la semana haciendo análisis, algo para lo cual, ya decía Freud, el sujeto humano no parece naturalmente preparado; el hacer análisis, probablemente, es una de las actividades más anti naturales que existen. Pero por qué algunos pacientes se someten a un análisis en esas condiciones, si no es porque en ellos predomina, más allá del principio del placer, algo relacionado con la pulsión de muerte, es decir, algo que les permite someterse a un trabajo de búsqueda de la verdad que, la mayor parte de las veces, no les quepa la menor duda, no tiene nada de placentero; por qué van a estar movidos a eso si no es porque están empujados por una fuerza que les permita trascender el principio del placer o el principio de bienestar, por decirlo así.

Entonces el problema de la violencia nos va a presentar una doble cara, el problema de la agresión nos presenta aristas complejas en el espacio del vínculo. Un paciente que ha yugulado totalmente su pulsión de muerte por ejemplo, que no la puede conocer, que no puede metabolizarla, por lo tanto, uno podría hipotetizar que en su historia tuvo que elegir la seguridad en vez, por ejemplo, del crecimiento psicológico y por lo tanto se tuvo que identificar con un medio agresor, con padres agresores hasta el punto que fue el niño que no dio un problema; ese paciente que probablemente no sea capaz de reconocer en sí mismo y de metabolizar su agresión, es probablemente un paciente que va a llegar a la consulta después de deambular entre varios médicos y alguien le dijo que su soriasis, su hipertensión crónica, que su úlcera duodenal, que su colitis sangrante debía ser tratada por su terapeuta, porque ese paciente que no puede metabolizar psicológicamente su agresión, se va a desangrar por otro lado. Aquél que no es capaz de convertir la pulsión de muerte en pensamiento, va a hacer trastornos psicósomáticos, pacientes muy difíciles de tratar.

Lo quiero decir es que la agresión no sólo no podemos desconocerla, sino que, además, domesticada, sometida, transformada en pensamiento, es probable que sea nuestro mejor recurso. Yo creo que, aparte que hay muchas cosas más que podría ir uno

agregando en estos términos, si cerramos ahora esta ponencia centrada más bien en el espacio terapéutico, en el setting analítico, en torno a lo que podría ser la agresión del analista hacia sus pacientes, vamos a tocar algunos puntos sensibles en cuanto a qué significa la agresión en el Psicoanálisis.

Una de las condiciones más importantes para constituirse en analista, cosa que se puede hacer un día sí, otro no, a veces uno se despierta mejor, otras veces peor, porque uno no es analista todos los días, es poder estar en condiciones de ejercer escucha; porque tiene que ponerse a escuchar algo novedoso, algo que no había escuchado antes. Y si contrastamos con esa disposición que es una especie de análisis permanente, que uno a veces logra, a veces no logra, pero que es un ejercicio permanente con el re-análisis, con esa especie de gimnasia que estaríamos exigiéndonos cotidianamente para poder constituírnos como analistas, en el fondo lo que se está intentando es poner en suspenso tanto los apetitos sexuales del analista, que no necesariamente tienen que traducirse en acciones sexuales, sino en muchas otras cosas del funcionamiento mental, pero también en la agresión que seríamos capaces de inferirle al otro por el solo hecho de que nos es difícil entenderlo. Porque la pulsión epistemofílica podríamos decir, es también una pulsión, es también una necesidad de apoderarse del otro, de comprenderlo, de agotarlo, en definitiva, de saberlo y no respetarlo como ese otro que no entiendo.

Disponerse a escuchar en análisis es ponerse a escuchar algo que por principio es algo que no comprendo, y que uno, a lo más que puede aspirar es ir comprendiendo a medias y hacer con el paciente ese proceso. Porque el riesgo permanente en relación al sujeto, en algo que es un método de investigación, un método de terapia y que es también un cuerpo de conocimiento obtenidos, un riesgo permanente, digo, de una disciplina que se ha dado como "objeto al sujeto", entendiéndose la complejidad de ello, es que pueda intentar convertirlo en objeto y que pierda de vista que el psicoanálisis es una disciplina del sujeto, porque convertir un sujeto en objeto, es la violencia mayor.

A partir de esa violencia que podría ser constitutiva o constitucional de una cierta disposición del setting en la cual nosotros fuéramos depositarios de un saber ya de antemano de quién tenemos frente y qué es lo que trae. Digo como esta exigencia de ignorancia por parte del analista, para poder, por decir así, exorcizar ese peligro, no está libre, por otro lado, de todos los riesgos que implica la agresión más directa a los pacientes cuando, no entendiéndonos, por ejemplo, usamos la interpretación para agredirlo en vez de para convidarle algún conocimiento.

Con esto quiero señalar en realidad, que la violencia y la agresión no son, por decir así, algo que se pueda medir como un desplazamiento físico de masa muscular, o como descarga o acumulación de cierto fluido energético, sino que la agresión está puesta en todos aquellos lugares donde el sujeto humano se manifiesta, es decir como conocimiento, como relación de pareja, como sea, y que es en cada uno de esos lugares que se requiere el trabajo de civilización, el trabajo de civilizar. En ese sentido yo diría que el trabajo en el setting analítico es un trabajo de civilización, que en algún momento hizo soñar a Freud, por ejemplo, con el proyecto de consultorio psicoanalítico de Berlín que fue el primero que se intentó, de ¿cómo poder hacer llegar un Psicoanálisis barato a todas aquellas personas valiosas de la sociedad que no tenían cómo pagarlo?, y ¿quiénes eran esas personas valiosas?, fundamentalmente, los profesores y todos aquellos que tuviesen que ver con la educación, con la formación de otros sujetos.

Se que en Argentina existen instituciones como ésa, en donde se atiende a muy bajo costo por decirlo así, a gente que por su función social, tienen mucha influencia en los demás, porque en eso sí que el Psicoanálisis es pesimista, si algo se habrá de progresar es con muchísimo trabajo y muchísimo trabajo muy de uno en uno.

Es, tal vez, una postura criticable pero es también el optimismo psicoanalítico, dentro de un marco en el cual Freud pensó alguna vez que el psicoanálisis era una de las 3 profesiones imposibles, y las 3 profesiones imposibles son educar, gobernar y psicoanalizar, gracias.

Comentarios Profesora Laura Moncada.

Con respecto a la ponencia de Jesús. Tres puntos respecto de la época de transición de la relación entre estructura social y subjetividad, y de la cognición y su campo como un problema de nuestro tiempo, desde donde se desprende también los otros puntos como la crisis pedagógica, la modernización y la posmodernidad con sus trampas, ¿modernizar la educación?, a qué requerimientos responder y cómo; y el último punto referido a las diferencias transformadas en desigualdades y de ahí sus víctimas y las vivencias del éxito escolar. Sería interesante por ahí organizar algunas preguntas.

Hugo, en su introducción, yo rescato como pregunta respecto del fracaso del proceso de civilización y esta propuesta que él hace, de mirarlo como un proceso continuo de domesticación de la civilización-respecto de la pulsión. Después él diferencia 2 puntos de la patología y la violencia del vínculo mismo, y desarrolló puntos como la Reacción terapéutica negativa, el concepto de desarreglo esencial y la terapéutica, las fantasías destructivas primeras, el don del padre, la violencia a la que está expuesto el terapeuta, la agresión transformada en pensamiento en el setting y el trabajo psicoanalítico como trabajo de civilización.